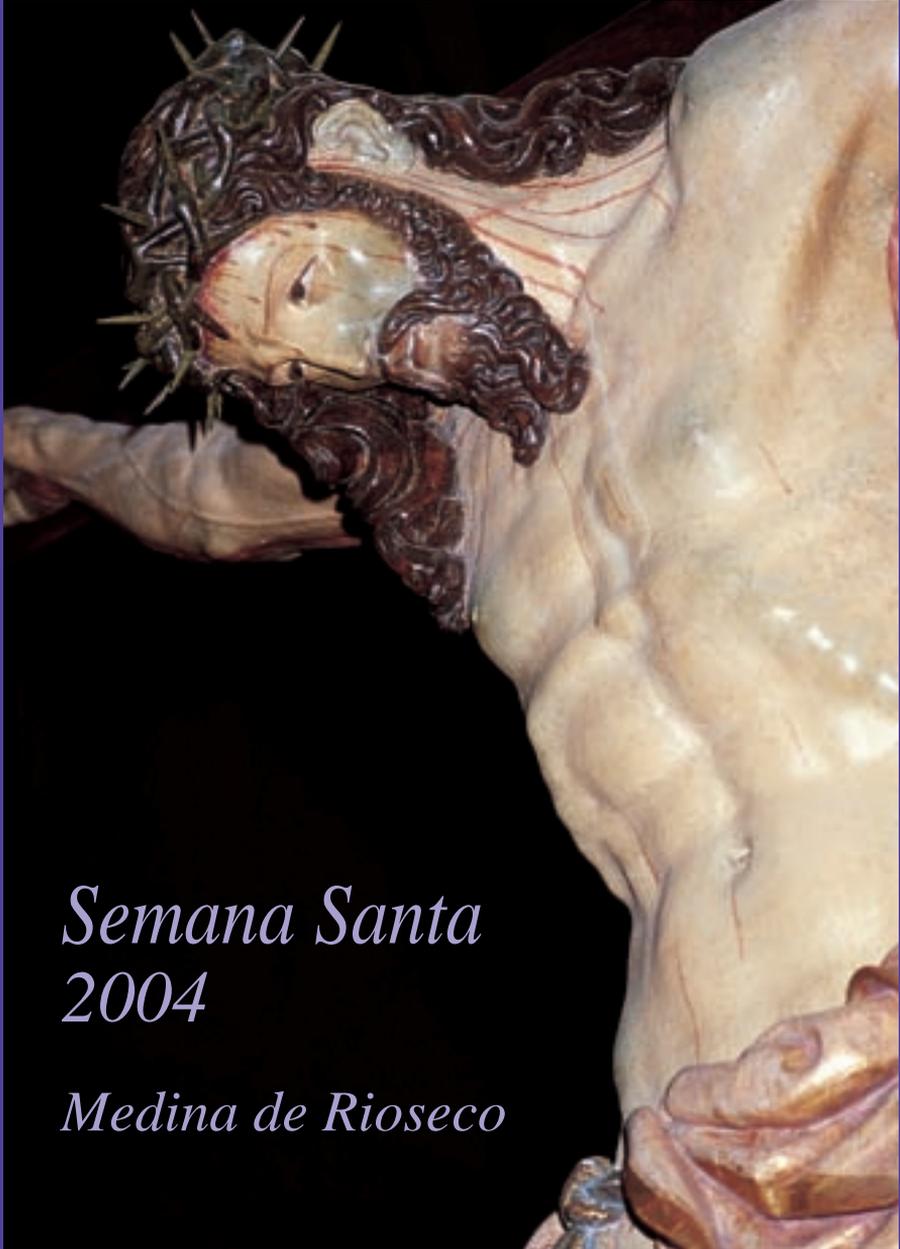


# *PREGÓN*



*Semana Santa  
2004*

*Medina de Rioseco*

PREGÓN DE  
SEMANA SANTA  
MEDINA DE RIOSECO  
2004

Ángel María de Pablos Aguado

© Junta Local de Semana Santa  
© del texto, su autor  
Portada: Santo Cristo de la Paz (detalle)  
Antonio Martínez. Siglo XVII.

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.  
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 209.-2004

# PROCLAMA

*En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María, señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas u Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:*

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad, que hoy, Sábado de Dolores 3 de abril, San Ricardo, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santo Domingo, a las 20,30 horas y ante la imagen penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Santiago, para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Excmo. Señor Don ÁNGEL MARÍA DE PABLOS AGUADO, periodista y escritor.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del cuarto año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu y pedimos oraciones para que Su Santidad JUAN PABLO II, Vicario de Cristo en la Tierra, siga pastoreando, con singular tino, la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia vigésimo noveno del Reinado de JUAN CARLOS I.



# PRESENTACIÓN

*Con la venia del Rvdo. Señor Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, don Gabriel Pellitero Fernández.*

Excmo. Sr. Delegado del Gobierno. Ilmo. Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes de Castilla y Consejeros del Común. Autoridades regionales y provinciales. Mayordomos, Presidentes y hermanos de los distintos Gremios, Cofradías y Hermandades de Penitencia y Pasión. Señoras y señores. Amigos todos.

Comenzamos el tiempo de la Semana Santa. Ya estamos en Semana Santa y, como cada año, el ronco sonar del Pardal acompañado por redobles de tapetanes, anuncia que ha llegado la primavera y con ella nuestra Fiesta Mayor y los distintos actos que alrededor de ésta nos preparamos a vivir en nuestra Ciudad. Celebraciones en Hermandad, actos religiosos y procesiones, todos ellos vividos y sentidos con intensidad, y que están profundamente enraizados con las costumbres y tradiciones de este pueblo castellano.

Medina de Rioseco se transforma en la Jerusalén de otros tiempos para recordar aquellos tristes momentos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Tristes momentos que fueron el origen de la Salvación de todos los que profesamos y proclamamos nuestra Fe cristiana.

Es por ello que no hay un pueblo en Castilla y León que no tenga un Nazareno o una Dolorosa. No hay un pueblo en Castilla y León que en Semana Santa no cambie su vivir en la rutina por la vida de penitencia y de meditación. No hay un pueblo en Castilla y León que, de una u otra manera, no procesione por sus calles y, en recuerdo del Redentor, eleve sus plegarias y cantos durante la Semana Santa.

Y en esta Ciudad lo vivimos y festejamos de una manera especial, principalmente las tardes del Miércoles, Jueves o Viernes Santo, plasmando estas vivencias en los desfiles procesionales que discurren por las calles y plazas de esta renovada Jerusalén que, cual ocurriera en el camino hacia el Gólgota, contempla la representación de los distintos momentos sufridos y las dramáticas secuencias de la Pasión, plasmadas en magnífi-

cas obras de arte salidas de las manos de insignes escultores y tallistas de la iconografía religiosa como Rodrigo de León, Gregorio Fernández, Juni, Tomás de Sierra, etc.

Alrededor de la torre de Santa María, norte y guía de los riosecanos, nos reencontraremos los que aquí vivimos con familiares, amigos y aquellos hijos de esta ciudad que un día tuvieron que dejarla en busca de un futuro mejor. Y aquí, como partícipes directos, a través de la pertenencia a una de las dieciséis Cofradías penitenciales riosecanas, o bien, como espectador del acontecer semana santero, haremos causa común para manifestar el profundo sentimiento religioso y de tradición popular que significa la Semana Santa.

Atenta y respetuosamente hemos escuchado las singulares notas musicales de «La Lágrima», himno oficial de la Junta de Cofradías, y las Varas e Insignias de las distintas Hermandades, portadas por sus Mayordomos, se han acercado al estrado para, en compañía de la Vara Mayor, presidir este Acto.

Estamos en Semana Santa y la comenzamos, como lo llevamos haciendo desde hace años, con el Pregón, pieza magistral que debe ser escuchada con atención y el sentimiento de lo que nos es próximo y muy querido.

Para que pronuncie dicho Pregón contamos con la estimada presencia del Ilmo. Sr. Don ÁNGEL M.<sup>a</sup> DE PABLOS AGUADO, periodista y escritor, vallisoletano de nacimiento, vinculado familiar y sentimentalmente con esta ciudad a través de su abuela, doña Adela Fuertes, maestra que ejerció durante años en nuestra ciudad, educando y formando a numerosas generaciones de riosecanos y riosecanas, y de su madre e hija de aquélla, doña María Gracia, maestra también, que hacía las sustituciones de doña Adela cuando aquélla enfermó gravemente. Apenas contaba tres años y Ángel M.<sup>a</sup> comienza a tener vivencias, contacto y relación directa con Medina de Rioseco.

Le gusta decir que los primeros penitentes que vieron sus ojos fueron aquellos que acompañaban los «pasos» en nuestros desfiles procesionales y que estos desfiles son los primeros que recuerda.

Durante su etapa de estudiante en prácticas de la Escuela de Periodismo formó parte del periódico independiente de Valladolid, *El Norte de Castilla*, del que su padre llegó a ser director, formando parte del equipo que editó el primer suplemento dominical del mencionado diario, compartiendo responsabilidades, entre otras, con firmas de la talla de Manu Leguineche, César Alonso de los Ríos, Javier Pérez Pallón, José Jiménez Lozano, etc., todos ellos bajo la dirección de Miguel Delibes.

Durante 25 años ocupó la jefatura de la sección de deportes del mencionado diario, alternando su trabajo con la dirección de distintos programas radiofónicos en la emisora Radio Popular de Valladolid. Posteriormente, llamado por el Centro Regional de TVE en Castilla y León, tuvo a su cargo la información deportiva, simultaneando con la dirección de espacios de entrevistas y el de presentador del Informativo Regional. Durante años fue el comentarista de las retransmisiones televisivas de ciclismo: Vuelta, Tour, Giro, etc.

Ha colaborado con el diario *El Mundo de Valladolid* y ocupado la jefatura de prensa del Ayuntamiento de Valladolid. Imparte clases de redacción periodística en la Escuela Oficial de Periodismo.

Escritor de cuentos, prosa poética y poesía, está en posesión de numerosos galardones y premios, entre los que destacar el «Premio Federico García Lorca», de California (EE.UU.); el de Literatura, en el Véneto (Italia). Recientemente ha publicado un libro de poemas «Los niños del basurero y otros lamentos» y editado la Guía Lírica de la Semana Santa en Valladolid, con el título «Elí... Elí...». Desde el año 2002 ocupa la presidencia de la Asociación «Amigos del Teatro» de la capital vallisoletana.

¡Se guarde silencio y preparémonos para escuchar la palabra del Pregonero!

¡Que su prosa y verso nos deleite y haga mover los íntimos sentimientos riosecanos, con la convicción de que su verbo, seguro y sabio, nos enriquecerá en conocimientos y fortalecerá nuestro espíritu!

Ángel María, tenga a bien ocupar esta cátedra que, gustosamente, le cedo en el uso de la palabra.

Muchas gracias.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE  
Presidente de la Junta de Semana Santa



# PREGÓN DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 2004

*Ilmo. Señor Presidente de la Diputación Provincial. Vara Mayor:  
Señor Cura párroco de Santa María de Mediavilla.  
Presidente de la Junta Local de Cofradías.  
Ilmo. Señor Alcalde de la Ciudad de los Almirantes.  
Mayordomos de las Cofradías de la muy Noble y muy Leal  
Ciudad de Medina de Rioseco. Presidentes, Cofradías,  
Gremios y Hermandades de Penitencia.  
Representaciones de las Juntas de Cofradías de Valladolid,  
de Medina del Campo y de León.  
Señoras y Señores. Amigos todos.*

Una calle larga, casi eterna... Una calle de soportales que parecen sujetar, con sus robustos brazos de piedra, la firmeza de la villa... Eso fue lo primero que recuerdo de Medina de Rioseco cuando siendo apenas un niño, quizás tres, tal vez cuatro años, llegué con mi madre para que mi abuela, doña Adela, maestra a lo largo de más de 25 años, modeladora de muchas generaciones de riosecanos, pudiese descansar del agotamiento y la fatiga que tanto amor y dedicación la ganaron el alma y la desgastaron el cuerpo...

Una calle larga, casi eterna, de soportales anchos, que remataba su tranquilo deambular en el Corro de Santo Domingo donde se encontraban, al menos antes, las escuelas públicas, ya en la ruta de León capital... Ese fue mi primer itinerario urbano... Bien que salpicado de paradas. O, al menos, de dos paradas. Una de ellas, a la izquierda, para saludar a la familia Fuentes en su comercio de tejidos y, de paso, comprobar *el surtido más completo y de más novedad en todos los artículos, a precios muy ventajosos...* Otra parada, a la derecha, en *La Espiga*, que yo utilizaba para permitir que los ojos se escapasen, en busca de quién sabe qué fantasías, tras las rosquillas de palo, los bollos de aceite, los amarguillos y las pelusas, las torri-

jas y las hojuelas, los periquitos y las tortas de San José o, hablando de Semana Santa, tras el sabroso pan de anís...

Esas fueron, por qué no decirlo, mis primeras y nunca olvidadas sensaciones... Después, a medida que iba creciendo y Rioseco era un paisaje habitual dentro de mis retinas, viví un cambio fundamental. Se mantuvo la impresión de la calle larga, casi eterna... La calle de soportales que parecen sujetar, con sus robustos brazos de piedra, la firmeza de una villa que permanece fiel a su legado, fiel a lo que recibió de sus mayores y que defiende la tradición, sin dejar de proyectarse hacia el futuro, con el valor de quien cree en lo que hace, con la pasión de quien está convencido de lo que hace...

Después, ya siendo un mocito, recuerdo difusamente el célebre tren, correo mixto o mixto discrecional, locomotora de vapor que se ahogaba hasta la muerte en las cuestas de Villanubla y que tardaba tres horas, diez minutos, en cubrir el recorrido desde Valladolid y tan solo dos horas, veinticinco minutos, hasta la estación de San Bartolomé, porque el regreso resultaba menos accidentado para su corazón ya maltrecho...

Recuerdo, con alguna fuerza más, el coche de línea Valladolid-Villalón, carrocería de madera y asientos duros como piedras, que salía desde el parador de la Rinconada y bufaba con sintonía de jovencillo cuando, asomado a Coruñeses, se deslizaba ágilmente hacia una flamante estación flanqueada por la Plaza de Toros, el Convento de San José y el Matadero...

Coruñeses y, en la distancia, allá perdidos en el horizonte, adivinándose, a la derecha el Carrascalejo... el Caserío de Villagodio, a la izquierda... Y, de frente, bien erguida, la torre de Santa María bajo cuyo cobijo crecía, y se ensanchaba, y progresaba, el núcleo urbano de la ciudad... Mi padre, tanto o más que mi madre, me enseñó a amar hasta el delirio a un pueblo capaz de mostrar, orgulloso, una enseña como esa torre barroca, tan airosa y tan llena de majestad...

Por eso, si me permitís, no me resisto a incluir en este pregón el poema que él, mi padre, dedicó a la torre de Santa María porque, creedme, esos versos han representado durante años el profundo cariño de toda mi familia, sin excepción, por Medina de Rioseco. Lo hago en homenaje a mis padres, hoy sin duda satisfechos porque su hijo ocupe este estrado...

Pero, también como muestra de admiración por Rioseco y los riosecanos, que tienen puesta su alma en ese símbolo tan hermoso como único. Escribió mi padre...

*Torre de Santa María,  
clavada en el infinito  
como una lanza de piedra,  
saeta blanca, cuchillo  
que desgarrar –seda y oro–  
los horizontes dormidos...*

Flor y gala de Medina,  
reina de las torres, cirio  
en el altar de los campos  
perennemente encendido.  
Faro que vas con tu luz  
iluminando caminos,  
para que lleguen a puerto  
todos los blancos navíos  
de las almas viajeras  
por un piélago de trigos...

*Torre de Santa María,*  
custodia de Arfe en tu estilo,  
te haces oración, plegaria,  
columna de incienso, lirio,  
lágrima petrificada  
de un dolor a lo divino.

Yo me enamoré de ti  
al verte surgir al filo  
de un atardecer sin nubes  
miniada en el infinito  
y, desde entonces, te llevo  
—saeta, lanza, cuchillo,  
oración, lágrima y faro—  
en el joyel de un suspiro,  
*torre de Santa María,*  
por los siglos de los siglos.

Mi vida en Rioseco discurría entre la escuela y el corro, entre la Rúa y La Espiga... Enmadrado, por entonces, que rodeado de extraños sólo encontraba abrigo entre las faldas de mi madre o en el regazo de mi abuela... Y tan enmadrado que, incluso, me molestaba el tiempo que las maestras, doña Adela, María de la Gracia, empleaban en atender, también en horas extras, a un muchachito que, por lo visto, iba para lumbreira, para doctor que sanase los dolores del cuerpo y al que, según ellas me contaron, habían llevado ya en sus brazos cuando, únicamente, era un espíritu de cuna...

Ninguna de las dos había conocido alumno de tanto porvenir como el hijo de José y de Consuelo que iba, ya lo he dicho, para médico del cuerpo y acabó como cirujano del alma vistiendo no bata blanca sino sayal franciscano y alcanzando, no rectorados ni glorias vanas, sino títulos divinos como los de obispo, arzobispo y cardenal en las diócesis de Tánger y Sevilla. Aquel adolescente que tantos celos me provocaba era, claro, Monseñor Carlos Amigo y Vallejo... Espero que me haya perdonado aquel pecado tan infantil...

Por aquellos años, doña Adela, la maestra de tantas generaciones, andaba enferma y rozando su último viaje, el definitivo. Pero, entre achuchón y achuchón de la fiebre, siempre fue vigorosa y más valiente que yo, aprovechaba el resol primaveral del mediodía para darme un paseo instructivo en el que, aquel niño que yo era entonces, descubría los tesoros que puede encerrar un pueblo... Un paseo que siempre acababa, por cierto, con un pastel de marina (hojaldre relleno de crema) entre mis manos... Fugazmente, eso sí, porque un segundo era el espacio que transcurría entre sujetar el pastel con la mano y llevármelo al estómago...

En una de esas mañanas soleadas, doña Adela, me llevó hasta la Plaza Mayor. Había yo estrenado un pantalón largo (nunca pasé por el bombacho, que tan al uso estaba y que mi madre, sin embargo, tanto odiaba) y me habían cepillado los zapatos hasta que su brillo fue capaz de competir con la luminosa mañana. De la mano de mi abuela y blandiendo con cierto desparpajo un ramito de olivo, vi pasar la procesión que, allá, a mitad de los cuarenta, no sacaba imagen...

Tuve que esperar a ser un mozalbeta para, ya sin mi abuela, contemplar la obra del valenciano Inocencio Cuesta. Y de aquel grupo escultórico, si he de ser sincero, me llamó la atención la figura del asno y esa mirada pícara que le representa satisfecho de llevar encima a quien lleva...

¡Qué alegre y qué suelto camina al trote!  
¡Qué airoso se muestra con su jinete!  
¡Qué orgulloso cuida de su derrote  
y qué humilde luce su gallardete!

Burrillo de alma blanca y ruin capote,  
borriquillo de crines cenicientas  
avezado a la carga y al azote,  
acostumbrado al palo y las afrentas...

Bien sabe que no es montura de raza  
ni es alazán de ricas vestimentas  
y no es corcel de peto y de coraza  
ni es montura de regias osamentas...

Pero el Hijo de Dios hoy le ha elegido,  
Dios mismo en su trote se solaza  
y, al ritmo de su trote sostenido,  
el odio se convierte en devoción,  
en risa se transforma el alarido,  
en fe ciega se vuelve la traición,

los rosales se quedan sin espinas  
y el dolor no es dolor, que es ramillete  
de palmas y vuelo de golondrinas...

Dos momentos diferentes y una misma sensación. Una riada de críos y un bosque de palmas. Unas voces inocentes y unos enramados verdes... Del recuerdo bien arraigado entre aquel Domingo de Ramos que viví con mi abuela y el otro Domingo de Ramos, diez años más tarde, y todos los Domingos de Ramos que he podido evocar, nace esta descripción apasionada...

Una marea de palmas,  
un pleamar de sonrisas,  
un oleaje de ramos,  
una bonanza de vida  
arrastra la procesión  
en esta mañana limpia  
de resoles castellanos  
y emociones encendidas.

Niños de la catequesis,  
niños de las cofradías,  
escolares de ojos puros  
con mirada franca y viva...  
colegiales aplicados  
en todas las disciplinas  
forman la hilera de sueños,  
componen la extensa fila  
que, en la calle de los Lienzos,  
reza, suspira y palpita...

Niños, niños, siempre niños  
de piel dorada y pajiza  
se acercan hasta el Señor  
alegrando la vigilia  
en el Domingo de Ramos.  
Niñas, niñas, siempre niñas  
de voces claras y dulces,  
de tez morena y curtida  
van por la Plaza Mayor,  
suben a Santa María  
entonando el aleluya  
detrás de la borriquilla...

El temblor de la inocencia,  
entre la espuma amarilla  
de las palmas que tremolan,  
de los ramos que tiritan,  
se extiende por los rincones

de la ciudad sorprendida.  
Jesús entra en Rioseco  
sobre una alfombra de espigas,  
sobre un manto de esperanza  
y un arco de clavellinas.

Hace su entrada Jesús  
al Corro de Mediavilla  
como entró en Jerusalén  
aquella mañana antigua:  
entre preces de consuelo  
y cantos de bienvenida  
que, al viento, lanzan los críos  
como lanzan sus caricias...

¡Hosanna aquel que nos viene  
a ofrecernos su agonía!  
¡Bendito sea su nombre  
y en su nombre nos bendiga!

Llega Jesús a Rioseco  
y el silencio se hace brisa  
y el viento se hace canción  
que todo lo purifica  
y se hace cielo la tierra  
y, pasado el mediodía,  
el cielo se vuelve tierra  
pero no en la lejanía...

Aquí mismo, junto al suelo,  
detrás de las celosías  
que adornan cada balcón...  
Calle de Román Martín,  
donde las piedras se inclinan...  
Calle de Lázaro Alonso,  
donde el ladrillo dormita...  
Casonas de rancia estirpe,  
casas modernas, distintas,  
arrabales, callejones,  
rincones viejos, esquinas...  
Todo lo llevan las voces  
que conmueven y cautivan...  
Las secciones infantiles  
que cantan, cantan y gritan  
porque, si ellos no lo hicieran,  
las piedras lo gritarían...

Sí mantengo en la memoria la figura de mi abuela, doña Adela, bien abrigada con capote y toquilla, sentada en un balcón de Santo Domingo, con un rosario del que desgranaba cuentas, avemaría tras avemaría, y a la espera del Vía crucis que iba a pasar por delante. Mi madre pendiente de mi abuela y mi abuela pendiente de mí...

– Ahora vendrá el Santísimo Cristo, me repetía con insistencia, como alentando mi curiosidad.

Y, en efecto, el Cristo del Amparo aparecía en volandas de una multitud capaz de competir tan solo por unos instantes de su traslado, por unos pasos bajo su peso, por unos gramos de sufrimiento... No era aquello una procesión, era a su manera una manifestación de fe que se movía al impulso de unos rezos, al vaivén de unos singulares cantos litúrgicos...

Miércoles Santo en la tarde.  
Medina de Rioseco.  
Después de la penitencia,  
la calle huele a romero.  
No hay varas, ni mayordomos,  
ni cofradías, ni gremios...  
No hay hábitos ni estandartes,  
ni capas, ni costaleros...  
No hay nada. Pero está todo...  
Es el pueblo, sólo el pueblo  
quien carga sobre sus hombros  
la pesadez del madero.  
Son todos los riosecanos,  
todos como un solo aliento,  
quienes llevan en volandas  
a un Cristo que no está muerto...

Viacrucis y oración,  
plegarias, salmos y ruegos  
que escalan por las fachadas  
en el camino del cielo.  
Y, entre oración y plegaria,  
sobre el murmullo del viento  
y el canto de las cigarras,  
sólo se escucha el silencio...  
Silencio se hace el desfile,  
silencio dulce y sereno  
cuando el Cristo del Amparo,  
un gorrión a medio vuelo  
y él mismo desamparado,  
pasa dejando el consuelo

en las almas que le rezan,  
en las manos y en los cuerpos  
de los hombros que lo llevan  
con un palpito secreto,  
con una fe apasionada,  
con un dolor inconcreto  
y una esperanza dormida...

Medina de Rioseco.

La noche se hace susurro  
para entender el suceso  
y, en las catorce estaciones  
de esta historia y su misterio,  
resurge la tradición  
en lo profundo de un rezo...

*Corro de Santo Domingo*

y, a lo lejos, Castilviejo...

Calle de Lázaro Alonso,  
vieja Rúa, nombre nuevo...

Plaza de Santa María  
donde fluyen los recuerdos...

No hay varas, ni mayordomos...

Allí sólo late el pueblo  
cuando el Cristo del Amparo,  
un gorrión a medio vuelo,  
avanza sobre las olas  
de un mar que no tiene freno.

No hay cofrades ni estandartes...

En esta noche de sueños,  
después de la Penitencia,  
es el pueblo, sólo el pueblo  
quien carga en su corazón  
con la pena de este reo,  
crucificado inocente  
sobre un pesado madero.

No hay cofradías, ni capas...

Sólo el dolor, hecho gesto,  
de todos los riosecanos.  
Un dolor hondo, inmenso,  
mientras llevan en volandas  
a un Cristo que no está muerto...  
Acabado el Viacrucis,  
la calle huele a romero...

Detuvieron el paso frente al balcón. Quizás por descansar. Tal vez, por el relevo de quienes dejan a quienes esperan. Puede que para mostrárselo a la maestra. Pero mi abuela, pese a su torpeza, se levantó de la silla y se puso de rodillas. Vi cómo se deslizaba una lágrima por sus mejillas. Y vi, también, cómo sus labios se abrían y cerraban en una oración piadosa. Me encarré con el Cristo para pedirle, para exigirle, que la sanase. Pero, al enfrentarme con la imagen, no encontré más que un sentimiento de piedad...

Desnudo el cuerpo de ropaje y sayo,  
las manos clavadas sobre el madero,  
los ojos abiertos pese al desmayo  
y abierta la boca, como un venero  
del que rezuma y mana la esperanza...  
El pecho de su sangre prisionero,  
el costado herido por una lanza,  
el cabello suelto como un velero,  
la frente coronada por venganza,  
los dedos agarrando el infinito...  
Esculpido a su propia semejanza  
sobre el tronco de un árbol ya marchito,  
perdido en soledad, ajusticiado,  
odiado por los hombres y proscrito...  
Herido en su dolor y desangrado  
este Cristo es el Rey del Desamparo,  
moribundo a otras muertes entregado  
y, no obstante, de otras vidas avaro...  
Este Cristo que vence de la muerte  
es el único Dios que nos da Amparo  
y, aún muerto, nos da vida de tal suerte...

Aquel gesto de mi abuela, arrodillándose ante la imagen por encima de su propia incapacidad, fue la primera pista real que percibí sobre el significado que la Semana Santa tenía para Medina de Rioseco. Que mi abuela encontrase fuerzas en su flaqueza y se humillase ante el amparo del desamparado, que todo un pueblo se agolpase como un manantial desbordante bajo la talla de un ajusticiado, me hizo pensar en la grandeza del misterio al que estaba asistiendo y del que todavía ahora, sesenta años más tarde, lo ignoro todo...

Pero aún más me deslumbró el silente desfile del Jueves Santo... Me asustaron aquellas figuras gremiales que, como sombras de terciopelo morado, se deslizaban desde la una hasta la otra acera sin pronunciar pala-

bra alguna y dejando escapar el leve roce del hábito sobre sí mismos... Pero más me asustó el *tapetán*, ceñido a su cuello el capuz de paño negro por una medalla de plata y, en los dedos, danzando los palillos que, luego, arrancaban del atabal un sonido opaco, oscuro, triste, casi, casi aterrador... Fue mi primera Semana Santa y, ellos, los primeros cofrades de los que guardo recuerdo. Antes, incluso, que los de Valladolid. Y aquella Procesión del Mandato, una experiencia difícil de catalogar en el cerebro de un niño de cuatro años...

Puerta de San Sebastián,  
por donde llega el dorado  
suspiro de las espigas  
que aún tienen tonos de estaño...  
Sencilla Puerta de Ajújar,  
imponente y recio arco  
por donde busca el Corrillo  
la brisa de los ribazos  
con que se engalana el río...  
Y, más al fondo, Santiago  
sublime mole de piedra  
que mezcla, como un milagro,  
estilos de arquitectura  
y sentimientos de mármol...

Son las siete y media en punto:  
el sol ya está declinando  
y sus últimos fulgores  
se escurren, de salto en salto,  
entre negros nubarrones  
y solemnes campanarios.  
El incienso es un vencejo  
que hace nido en los tejados  
y vuela, de rama en rama,  
entre aflicción y quebranto,  
entre dolor y congoja...  
El Pardal ya ha desgranado  
su grito, que es un aviso,  
que es un clamor destemplado,  
que es un anuncio de vida  
para la fe del cristiano.  
Y si ha gritado el Pardal,  
la Procesión del Mandato  
inicia su movimiento,  
muy lento e imponente el paso,

atravesando las calles  
como un dulce desagravio...

Reza Jesús en el huerto  
y, después, es flagelado  
y sujeto a la columna  
que forjó nuestro pecado...  
«Este es el hombre», nos dicen  
mostrándonos un guiñapo  
mezcla de carne y de sangre,  
envuelto en sayal morado  
y la mirada perdida  
más allá del desengaño...  
«Este es el hombre», nos dice  
un atrevido Pilatos...

«Este es Dios», proclama el pueblo  
en un llanto enamorado  
como muestra irrefutable  
de cuanto le fue legado...  
Jesús carga con el peso  
de los siglos y los años,  
Nazareno de la Cruz,  
Nazareno de Santiago,  
y avanza por su Amargura  
al encuentro del Calvario...  
Allá, en la cima del monte,  
para ser crucificado,  
le desnudan de su ropa,  
le despojan de su manto  
arrancando a *redopelo*  
tela, sangre, piel y paño  
y exponen su desnudez,  
su cuerpo puro y sagrado,  
al azote de los vientos,  
al destrozo de los clavos...  
A la Cruz sube el Señor  
y la Cruz, sobre un peñasco,  
muestra al mundo su agonía,  
una oración en los labios...

¡Oh Cristo de la Pasión!  
Abiertos siempre sus brazos,  
sus ojos abiertos siempre,

abiertas siempre sus manos,  
su cuerpo abierto al perdón  
y sus llagas, como nardos,  
como fuentes, como sauces,  
abiertas siempre al abrazo...

Como nardos, como fuentes,  
como sauces desgranados  
son las siete heridas, siete,  
que acompañan en su tallo  
a la Madre Dolorosa.

Siete cuchillos clavados  
en el fondo de su alma,  
en su pecho, en su regazo,  
siete cuchillos de plata  
y, por ellos, va manando  
el agua de la indulgencia...

La Procesión del Mandato...

Túnicas lilas y negras  
cosidas en lienzo llano,  
capas pardas de cofrades,  
hábitos tibios de hermanos,  
atraviesan como sombras  
la ciudad de lado a lado.  
Y, en cada esquina y rincón,  
en cada puerta y palacio,  
en los corros y en las rondas,  
en cada balcón y patio,  
se desgrana una oración,  
se derrama llanto a llanto  
un credo, un padrenuestro,  
un sollozo, un leve canto,  
cuando pasan en silencio,  
navegando como barcos,  
las figuras del Misterio,  
santos de madera y palo...  
Mientras bajan por la Rúa,  
marco eterno, viejo marco,  
las luces de los faroles  
y el contraluz de los pasos  
forman figuras de ensueño  
sobre la ruta de asfalto...

Los soportales son templos  
por la luna plateados  
donde los fieles se agolpan  
en filas de cuatro en cuatro  
bajo bóvedas de amor,  
frente a retablos de antaño...

Al fin, la noche ennegrece  
y se ennegrecen los campos...  
Por un ventanal, se asoman  
dos luceros desvelados  
y tres estrellas curiosas  
para entonar una Salve  
contra las piedras del atrio...

La Dolorosa, la Madre,  
no siente ya los agravios...

El Jueves Santo veíamos el desfile desde un balcón de la Calle Mayor...  
¿Quizás en casa de la familia Fuentes?... No lo sé, lo ignoro... Recuerdo, eso  
sí, que mis padres eran dos enamorados del Nazareno y que, una vez intenta-  
do en vano rozar el cuerpo del hombre que arrastra su Cruz, ella, mi madre,  
caía de rodillas, sollozaba para adentro, y sólo se levantaba para ver cómo  
aquel Cristo se perdía en la infinita distancia de la Rúa, llevando sobre sus  
hombros la pesada carga que todos le transferimos... Por eso está aquí, hoy,  
el Nazareno de Santiago... lo mismo que podía haber estado el Nazareno de  
la Cruz... Por eso y porque recuerdo en qué medida me traspasó aquella  
mirada de un Dios dispuesto a decirme algo, aunque no dijese nada...

¿Te ha derrotado el peso del madero  
o, acaso, te ha vencido mi pecado?...  
Te sientes más culpable que cordero...  
Te duele más tu cuerpo lacerado...

Yo bien sé que no es cómodo el sendero,  
que he sido yo quien lo llenó de espinas,  
que fui tu más infame carcelero,  
quien hirió tus espaldas argentinas...

Yo bien sé que te duele mi rechazo,  
que son mis culpas ruines y mezquinas  
como un nuevo y tremendo latigazo  
para rasgar tus carnes coralinas...

Pero, al verte sin fuerzas en el brazo,  
desviada tu mirada de la mía,  
humillado, doblado en tu regazo,

quisiera suavizar tu travesía,  
pasarla de Calvario a Jubileo,  
hacerme perdonar mi cobardía  
  
y, en aras de mi último deseo,  
que vuelvas tu mirada a mi costado  
por ser, en tu camino, Cirineo...

Aquel Viernes, me dormí plácidamente después de comer. Y me desperté, de pronto, sobresaltado porque un alarido cruzó el horizonte, a la manera de un rayo, desde oriente al occidente. De un golpe me senté en el sofá porque aquel aullido llenó mi cuerpo de escalofríos.

–Es el Pardal, me dijo la abuela. Y siguió dormitando en una mecedora de asiento calado.

–¿Quién?, pregunté con el miedo brotándome por cada poro, espantado porque alguien, con tal desgarró, pudiera levantar su aullido al cielo con tal fuerza, con tanta desesperación y con tanto dolor.

–El Pardal, ratificó mi abuela, pero ya sin abrir los ojos, apegada al balancín de la butaca que mecía el sopor de su sueño vespertino, un sueño con anunciado final, en la agradable paz de la tarde riosecana.

Mis amigos, los más decididos, salían al campo con sus hermanos mayores «a pardales», según contaban... Pero no me encajaba que hubiese pájaro alguno con un canto tan quebrado. Y estuve mucho tiempo dando vueltas en la cabeza a eso del pardal con trino de impaciencia...

Consulté muchos libros y pregunté a todo el que quiso darme una explicación por la razón de ese pardal que el Viernes Santo lanza al vacío de las tierras su sonido estridente, hosco, arisco, falto de temple y de mesura, tan poco amable pero, sin embargo, tan repleto de contenido, tan rabiosamente alimentado de confianza.

Unos me dijeron que del ave, precisamente, venía su nombre porque, por tales fechas, anuncia puntual el advenimiento de la primavera. Pero el pardal canta en el árbol con un trino suave, casi tímido, entre alegre y complaciente, como pidiendo permiso para hacerlo... Otros me aseguraron que el título no es sino el apellido de una familia que, en el siglo XVII, Lázaro Pardal, Lucas Alonso Pardal, ejercía tal encargo y que, por ser hereditario y vitalicio, así lo siguió haciendo al menos durante el siglo siguiente... Yo prefiero, todavía hoy, la que me ofreció mi padre con apenas catorce años...

Decía mi padre, hombre que por cierto manejaba el lenguaje con una exactitud que ya quisiera yo para mis trabajos, cómo una de las acepciones de *pardal* recogidas en el Diccionario de la Academia reza así: *hombre bellaco y astuto...* Y me señalaba él que, en el año 33 después de Cristo, en todas sus ejecuciones, los romanos enviaban por delante del tétrico séquito a un sayón, especialmente mal encarado, armado con un clarín profunda-

mente agudo y la intención de avisar a quienes, dentro de sus casas, podían perderse el paso del reo.

¿Veis?... El Nazareno de Santiago lleva delante un *pardal*... La limitación lógica que impone el paso o tablero le representa aquí no sólo haciendo sonar su clarín sino que, al tiempo, arrastra con una soga el cuerpo del condenado... Ignoro si el discípulo de Gregorio Fernández, a quien García Chico atribuye la composición, o Francisco Díez de Tudanca, a quien se la imputaron con posterioridad, tuvo la idea de incluir la figura del bellaco en el conjunto escultórico... Quizás la idea naciese en Claudio Tordera, a cuya gubia se deben los sayones actuales... Pero, en todo caso, el avisador se tomaba más metros para llamar a los curiosos, caminaba con mayor ventaja sobre la macabra comitiva... El propósito era doble: anunciar la dolorosa imagen del condenado y, además, a la vista de su estado, escarmentar en cabeza ajena a quienes aún tuviesen el deseo de cometer algún delito o atentar contra el poder imperial que representaba Roma...

Las procesiones, remataba mi padre, nacieron a semejanza de la propia Pasión y pretendieron ser una fiel representación de lo que sucedió en Jerusalén. No tiene nada de particular, pues, que por decisión inicial un ejecutor de la justicia anunciase el paso de la procesión, al modo y manera romana, dejando sonar su trompeta de forma desgarrada para que el pueblo saliese a contemplar la manifestación religiosa y, al mismo tiempo, invitase a meditar sobre el dolor y muerte de Cristo para traernos la Redención...

Sea de una forma o de otra el origen del pardal, lo cierto es que ahí se mantiene, siglo tras siglo, año tras año, una Semana Santa y muchas más, anunciando la salida de los pasos y el discurrir de las procesiones. De forma más acentuada, la Procesión de la Sagrada Pasión del Redentor, el Viernes Santo por la tarde...

¡Silencio, por Dios, silencio!  
¿no escucháis ese gemido?  
Es una voz sobrehumana,  
más que una voz, es un grito...  
es un lamento de muerte  
que da a la vida respiro...  
  
El Pardal va recogiendo,  
tal como está concebido,  
a todas las cofradías  
y todas, a su albedrío,  
están en Santa María  
y todas, según lo escrito,  
marchan al Ayuntamiento  
para rendirle cariño,  
pleitesía y devoción

a los acordes del himno  
que, con sus notas, deshace  
aquel extraño equilibrio...

La tarde del Viernes Santo,  
tarde de rosas y lirios  
en Medina de Rioseco,  
tarde de luto y alivio...

Santa María está muda  
y el silencio es un cuchillo  
que cauteriza la pena  
de los alientos heridos.

Santa María vocea  
y su voz es un espino  
que desgarrá el corazón  
de los vientos fugitivos...  
Silencio y voz, en la iglesia,  
se mezclan con los suspiros  
que brotan del pueblo fiel  
y de pechos conmovidos.

Se revive la Pasión,  
se medita su sentido,  
se repasan sus pasajes,  
se recuerda el sacrificio  
que de su Hijo hace Dios—  
—dos personas y uno mismo—  
y se mide cuánto amor  
hay en la muerte de Cristo...  
en su Pasión, cuanta entrega...

Al concluir los oficios  
hay un espíritu nuevo,  
hay un nuevo compromiso  
en cada gremio y cofrade,  
en las almas y en los trigos...  
Hay un incendio que abrasa  
por encima del gentío...  
Y el incendio se desborda,  
más voraz y más crecido,  
cuando la pequeña puerta,  
un puente hacia el infinito,  
se abre de par en par  
para que por su portillo  
irrumpan, como un milagro

a la realidad rendido,  
los pasos más imponentes,  
los dos de mayor estribo,  
los de más envergadura,  
los de más peso y castigo,  
los que laceran el cuerpo  
con un agudo cilicio,  
los que depuran el alma  
llevándola hasta el paraíso...

Viernes Santo por la tarde...  
El cielo se ha convertido  
en un Rioseco ardiente  
y Rioseco, florecido,  
se nos transforma en un cielo  
más humano y más divino...

Por entonces, me pareció un singular y divertido juego. Un inesperado acertijo para el que buscaba la ayuda de mi abuela. ¿Podrán sacar unos tableros tan inmensos por un portón tan pequeñito?... ¿Podrán, abuela, podrán?... ¿Serán capaces de hacerlo?... Y ella, paciente, divertida, aliviada por unos segundos ante mi ingenua curiosidad, aseguraba rotunda: podrán...

Sobre este extraño y emotivo ritual he leído muchos poemas, todos ellos tan acertados como bien medidos. Sin embargo, el que más impresión ha provocado en mi ánimo fue, sin duda, el titulado *lamento de un hermano lacerante* que firma José Antonio Pizarro de Hoyos. En él se expresan con sobresaliente maestría todos los sentimientos que confluyen en un hermano a la hora de cumplir con la ceremonia. Está claro que José Antonio los ha vivido en su propio espíritu...

Yo, que lo he vivido como simple espectador, ajeno al esfuerzo y al dolor del cofrade que se lacera en la alegría de estar siguiendo la misma zancada de sus antepasados, he sentido únicamente el esfuerzo y el dolor de quien mira y quiere ayudar, pero no se siente capacitado para hacerlo...

¡Más abajo!... ¡Aún más!... ¡A ras del suelo!...

¡Más!... ¡Hasta que los dedos se hagan llagas!

¡Hasta que el afán venza al desconsuelo  
y a tu aliento lo arañen las biznagas!...

¡Aguanta!... ¡Por el Dios que está en el cielo!...

¡Aguanta ese dolor que te lacera!...

¡No cedas en tu empuje y tu desvelo!...

¡Soporta la carroza en ventolera!...

También la soportaron tus mayores...

También ellos, en otra primavera,

sufrieron esos mismos estertores,  
sintieron esa misma borrachera...  
¡Hacia fuera!... ¡Hacia fuera, cargadores!...  
¡Que el lancero, el sayón y hasta Longinos  
ya salieron al corro y los tambores,  
al ruido de sus tonos campesinos,  
anuncian que la cruz ya siente el viento  
y lo sienten las aves en sus trinos...  
¡Y, ahora, arriba!... ¡Es el último tormento!...  
La dulce sensación con que te embriagas...  
¡Arriba una vez más!... ¡Y diez!... ¡Y ciento!...

Palmoteé con entusiasmo cuando salió al corro el segundo de los grandes pasos. Aplaudí y canté victoria como si yo mismo, en persona, hubiese logrado la hazaña. Mis gritos rompían la emoción del momento y, mientras muchas miradas se volvían al balcón, mi abuela me mandaba callar con una sonrisa cómplice...

– ¡Ssssss!... Ahora empieza la procesión...

Ya están las figuras fuera  
y la tarde perfumada...  
Los hermanos lacerantes,  
dolido el cuerpo no el alma,  
hinchida el alma, no el cuerpo,  
han sacado de la estancia  
(unas gotas de pericia,  
un buen puñado de maña,  
de tradición otro poco  
y el resto todo esperanza)  
los pasos monumentales,  
los de mayor resonancia...

El pueblo, que ha contenido  
a duras penas su ansia,  
se queda petrificado,  
ardiendo como la zarza  
en sus fuegos interiores  
y sin quemarse en sus llamas...  
El pueblo cae de rodillas  
en las piedras de la Plaza  
mientras se elevan al cielo  
sus murmullos en cascada...

Todos los años asiste,  
Semana Santa a Semana,  
a la misma ceremonia  
y, a su vista ensimismada,  
todos los años parece  
una distinta mirada...

Con paso cansino y firme,  
de hombros recios en volandas  
dobla la Crucifixión  
la primera de las cuadras  
con Longinos a caballo,  
amenazante su lanza  
tratando de encontrar sangre  
donde sólo brota el agua...

Callecilla de los Huesos,  
Pablo Iglesias, calle ancha,  
la procesión desemboca  
en la Rúa aportalada  
y se prende en cada pecho  
una inmensa llamarada.  
Cristo de los Afligidos,  
vuelve a nosotros tu gracia,  
no nos dejes de tu mano  
que sólo tu mano apaga  
el dolor de tanta pena  
que nos aflige y arrastra...

Santo Cristo de la Paz,  
de figura dulce y mansa,  
de serena majestad  
e imagen martirizada,  
aparta de nos las guerras,  
líbranos de las batallas  
que agujijonean los odios,  
que provocan la arrogancia  
y el desamor de los hombres,  
guerras absurdas, bastardas,  
que carecen de razones,  
que se declaran sin causa...

En los soportales, tiembla  
una turbación extraña  
y los cofrades desfilan  
bajo sus túnicas blancas,

con los faroles prendidos  
a la horquilla de sus almas...

Mientras, la noche se avanza  
y las paredes vigilan  
en todas las enramadas  
y avanza el Descendimiento,  
a ritmo lento su marcha,  
hacia la Plaza Mayor  
y el Arco de la Esperanza...  
Cruza San Buenaventura,  
cruza Doctrina, y Mediana,  
llena de sombras la calle,  
llenas de viento las tapias,  
llenos de incienso los aires  
y de ruegos sin palabras...

La Pasión del Redentor,  
aroma de mejorana,  
se define en la Piedad  
donde el dolor amamanta  
el llanto hondo de una Madre,  
de una madre apuñalada,  
ante el Hijo que está muerto,  
el hijo de sus entrañas...

La Pasión del Redentor,  
olor a flores de albahaca,  
se resume en el Sepulcro  
donde yace en leve calma  
un Cristo que, siendo Dios  
y su condición tan alta,  
no ha dejado de ser hombre,  
no reniega de su raza...

La Pasión del Redentor,  
clavellina su fragancia,  
se centra en la Soledad  
de María, abandonada  
a un dolor sin compañía,  
a una pena confiada,  
a una congoja sin fin,  
a una vida solitaria...

¿Solitaria?... ¡Eso, jamás!...  
Que el pueblo, tras la baranda

del amor y del consuelo,  
en la calle, en las ventanas,  
no desampara a su Madre,  
no la olvida en la distancia  
ni la abandona a su suerte...

Cuando las estrellas bajan  
para iluminar la noche  
y los luceros escalan  
los más altos campanarios,  
las más altas espadañas,  
sube desde el Corro al Cielo  
en la voz de mil gargantas  
una Salve conmovida...  
¡Es el pueblo!... El pueblo canta  
la profesión de su fe  
y, con la Salve, desgrana  
Medina de Rioseco  
su profunda confianza  
en todo lo que ha vivido  
Semana Santa a Semana,  
con el paso de los siglos,  
madrugada a madrugada...

Cuando los pasos regresan  
al silencio de su estancia  
retumba contra las piedras  
el eco de las pisadas  
y una brisa campesina,  
brisa de algodón en rama,  
roza el rostro de María,  
se acerca para besarla...

El ambiente se impregna de tal manera con ese dolor que, durante las veinticuatro horas siguientes, la Villa vive dentro de un silencio que martillea los oídos... El Sábado Santo, Medina de Rioseco parece una ciudad muerta en su propia imposibilidad física de hablar, inmersa en tanto silencio deliberado y persistente... Todavía el sepulcro permanece lacrado con el sello extranjero. Y los soldados combaten el aburrimiento que les produce tan incómoda misión de la mejor manera posible. Por la noche, desde luego, dormir... Y como una Jerusalén castellana marcada por los acontecimientos que ha vivido durante los días anteriores, calla y trabaja... trabaja en silencio... nadie se atreve a levantar la voz...

Hasta la media noche, en la Vigilia Pascual...

Hasta las primeras horas de la mañana, cuando las campanas cobran vida y saltan, en su yugo, de lado a lado en el campanario... Hasta el mediodía del Domingo, cuando de nuevo vuelven a saltar y sus bronces parecen resucitar junto al cuerpo de Cristo...

Como el Viernes, la procesión del Domingo la veía yo en el Corro de Santa María, pero no en ningún balcón, sino en el mismo atrio de la iglesia para, una vez producido el encuentro, una vez las imágenes junto a la verja, entrar en el interior y ocupar un banco preferente... Mi abuela, siempre en un reclinatorio almohadillado. Yo, entre mis padres, revoltoso e inquieto, con el ánimo de no perderme nada que pudiera merecer la pena...

La Virgen no entiende bien  
su alegría,  
aunque la Virgen sospecha  
en medio de tanta herida  
que hay razón  
para alegrarse este día  
tras de tanto sufrimiento,  
después de tanta agonía...

La Madre no entiende bien  
la alegría  
del repique de campanas,  
de la española mantilla  
que lucen las riocanicas,  
de la Pascua florecida,  
de las flores  
que crecen por las esquinas...

Aunque la Madre supone  
y suspira,  
en su corazón desea,  
encendida,  
que haya un motivo divino,  
que haya una causa prevista  
para excusar el contento  
y la dicha  
que brota en los soportales,  
que crece de orilla a orilla  
entre todos los rincones  
de Medina...

¿Acaso será, quizás?...  
¿Cabe tanta maravilla?...  
¿Puede que sea verdad?...  
Y María

siente que el corazón late  
y palpita  
en su pecho,  
tremolina  
a extraña velocidad...

Ya ha pasado el mediodía  
y en esas está la Madre  
todavía  
cuando, al doblar el recodo  
que desde Santa María  
nos conduce hasta la Rúa,  
más hermosa y más bonita  
de lo que jamás estuvo,  
la semilla  
de su duda se despeja  
y es que, ocasión bendita,  
se da de frente con Cristo  
y la vista  
se solaza en el momento...  
Y, en el alma estremecida,  
crece el grano del contento  
como crece la semilla  
en las tierras y en los campos  
y en la espiga...  
Como crece en cada labio  
la sonrisa...

La Virgen tiene otro rostro,  
su mirada está encendida  
por una luz más serena  
y es que en su mirada brilla  
el faro de la esperanza  
y la vida...  
¡Jesús ha resucitado!  
y, con él, la profecía  
se ha cumplido...

Y así vuelve la armonía  
de una vida tras la muerte,  
de un aliento en la agonía,  
de un Reino que nos espera,  
de una dulzura en la brisa,  
de una calma en la tormenta,  
de armonía...

Con las varas y estandartes  
desfilando en doble fila,  
con todos los mayordomos  
de todas las Cofradías  
dando fe de tal suceso,  
por las calles de la Villa  
la procesión vuelve al Corro  
para asistir a la Misa...  
La Virgen ha comprendido  
la razón de su alegría,  
del repique de campanas,  
melodía  
que repite en cada vuelo,  
sorprendida,  
la palabra del Profeta  
que en los libros quedó escrita.  
La Madre ya entiende bien  
su alegría...

Rioseco la comparte  
en su dulce lozanía  
y la Coral, nota a nota,  
en un día sin aristas,  
la convierte en oración...  
Maravilla  
que sólo puede sentirse  
bajo el cielo de Castilla...

Un mes después de aquel Domingo de Ramos, mi abuela, doña Adela, la maestra que educó a más de veinticinco generaciones de riosecanos, se trasladó al número siete de la calle Correos, en Valladolid, para ser mejor atendida por su hermana, mi tía Chon... Y tres meses más tarde, de manera dulce y casi santa, la muerte envolvió su cuerpo mientras sujetaba con fuerza, entre sus manos, una medalla del Nazareno de Santiago... De ahí que, en este acto, se encuentre presidiendo la talla de este Cristo que guarda, para mí y para los míos, un recuerdo tan especialmente emotivo...

Mis padres, cofrades en Valladolid del Nazareno de la calle de Jesús, tenían una profunda devoción por esa estación tan especial de la Pasión de Cristo quizás, quién sabe, como extensión de la misma inclinación que sintió mi abuela... Y este detalle tan íntimo también ha podido influir en mí a la hora de elegir...

En todo caso, he querido reflejar, a través de los ojos del niño que fui, toda la belleza y la intensidad de vuestra Semana Santa... Ignoro si habré

acertado o no... Pero con acierto o sin él, me hubiera gustado disponer del trueno para prestar a esta voz mía mucha más fuerza, una mayor potencia, una difusión más amplia... Hubiese querido contar incluso con el relámpago para que, del mismo modo, el reflejo de vuestra Semana Santa llegase a la gente mucho antes que mis palabras...

Me hubiese gustado tener control sobre todos los micrófonos del mundo, sobre todas las cámaras del Universo, sobre todos los sistemas digitales para transmitir, a través de ellos, la emoción con que la siente Rioseco, la intensidad con que la vive, la pasión personal que provoca en cada riosecano la Pasión General de Nuestro Señor, los sentimientos que movió ayer, los que mueve hoy y los que, sin duda, moverá mañana... Pero ni los micrófonos ni las cámaras ni los medios digitales pueden recoger siquiera en su aproximación lo que no se puede ver, aunque se advierta... Por eso, desde mi humildad de pregonero comprometido con vosotros. lanzaré a los cuatro vientos que quieran escucharme el pregón que nace sólo del alma y sólo llega a las almas...

Viajero... Detén tu paso  
en esta tierra bendita  
y ríndela una visita  
en las horas del ocaso...

Viajero... Estás en Rioseco,  
zona de campos y espigas  
donde, entre manos amigas,  
siempre encontrarás un hueco...

Has llegado hasta una Villa  
donde no vive el engaño  
y se forja con buen paño  
la gente buena y sencilla...

Si necesitas auxilios  
que suavicen tu camino,  
aquí tendrás pan y vino  
en todos los domicilios...

Si es el alma la que, herida,  
reclama de valimientos,  
en iglesias y conventos  
pondrás en orden tu vida...

Viajero... En esta tierra,  
cuando Dios creó el mundo,  
puso su amor más fecundo.  
¡Tal es la bondad que encierra!

Puso a los hombres curtidos  
por la bondad de los vientos  
y puso los sentimientos  
a flor de piel bien cosidos...

Dio a la mujer belleza  
y la dio disposición  
y la entregó un corazón  
lleno de amor y entereza...

Pero, sobre todo, quiso  
en sus aires y en sus gentes  
poner las buenas simientes  
de la fe y del compromiso

en la palabra divina,  
en lo que Dios ha ordenado,  
en acatar su Reinado  
y obedecer su doctrina...

Viajero... La tradición  
no es aquí ninguna herencia...  
La tradición es esencia,  
es deber y devoción...

Por eso, si en Jueves Santo  
te llegas hasta sus calles,  
no te pierdas los detalles  
y disfruta del encanto

que la Semana te ofrece.  
Nada ha cambiado en sus ritos  
y se ciñe a los escritos,  
los anales obedece

y cumple con emoción  
en estos años quebrados  
lo mismo que en los pasados  
mandaba la obligación...

No te creas que es desdoro...  
Que no hay pueblo más moderno  
más actual ni más eterno  
que el que guarda tal tesoro.

Viajero... te hablará el eco...  
Allá por donde camines,  
do quiera que peregrines  
te hablarán de Rioseco...

Quisiera tener la voz del trueno, la fuerza del rayo, la energía del relámpago para transmitir todo lo que vosotros transmitís viviendo vuestra Semana Santa... Pero, ahora, para poner fin a este torpe mensaje, quisiera que mis palabras manasen con suavidad de mi boca, que mis labios musitasen como una caricia del viento en agosto la oración al Nazareno de Santiago que hoy ha presidido el acto... Una oración que sirviese para equilibrar este desequilibrado mundo nuestro tan lleno de odio, y de dolor, y de muerte... Pero, sobre todo, una oración que sea capaz de pedir el equilibrio interior en cada uno de nosotros... Porque, cómo podemos pedir que el mundo se nivele y se vuelva digno, y más habitable, y más sociable, y más solidario, si todos y cada uno de nosotros somos incapaces de compensar nuestro mundo interior, y hacerlo más digno, y más habitable, y más solidario... Cómo podemos cambiar el mundo si no podemos cambiarnos a nosotros mismos, si no comprendemos al enemigo... si no perdonamos al amigo...

Nazareno de Santiago  
déjame penar contigo,  
sufrir tu mismo castigo,  
recibir el mismo pago  
y verme, bajo tu abrigo,  
más que nunca nazareno  
por el peso del pecado,  
por el dolor acuñado  
de mi propio desenfreno  
y que tú me has perdonado.

Nazareno de Santiago,  
el de la triste mirada,  
el de la frente llagada,  
el de lance más aciago  
y el de la pena callada...  
Dame tu misma clemencia  
para amar al enemigo...  
Para atraer al amigo,  
dame la benevolencia  
que usas tú para conmigo...

Que así sea por los siglos de los siglos...

Edita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:



ILTRE. AYUNTAMIENTO DE  
**MEDINA DE RIOSECO**

